

Traducción del reciente artículo de The Economist intitulado El falso mesías de México:

El falso mesías de México

Los votantes deberían frenar a un presidente hambriento de poder de México

Andrés Manuel López Obrador aplica políticas ruinosas con medios impropios

En un mundo plagado de populistas autoritarios, el presidente de México ha escapado de alguna manera del centro de atención. Los liberales condenan furiosamente la erosión de las normas democráticas bajo el gobierno húngaro de Viktor Orban, el indio Narendra Modi y el brasileño Jair Bolsonaro, pero apenas se dan cuenta de Andrés Manuel López Obrador. Esto se debe en parte a que carece de algunos de los vicios de sus pares populistas. No defiende a los gays, golpea a los musulmanes ni estimula a sus partidarios a incendiar el Amazonas. En su honor, habla en voz alta y a menudo por los que no tienen en México, y no es personalmente corrupto. Sin embargo, es un peligro para la democracia mexicana.

López Obrador divide a los mexicanos en dos grupos: "el pueblo", por el que se refiere a quienes lo apoyan; y la élite, a la que denuncia, a menudo por su nombre, como ladrones y traidores que tienen la culpa de todos los problemas de México. Dice que está construyendo una democracia más auténtica. Es una criatura extraña. Él llama a muchos votos, pero no siempre en temas que mejor se resuelven votando. Por ejemplo, cuando se plantean objeciones legales a uno de sus proyectos mascotas — mover un aeropuerto, construir un oleoducto, bloquear una fábrica — él llama a un referéndum. Elige un pequeño electorado que sabe que se pondrá del lado de él. Cuando lo hace, declara que el pueblo ha hablado. Incluso ha pedido un referéndum nacional sobre si enjuiciar a los seis expresidentes vivos de México por corrupción. Como un truco para recordar a los votantes las deficiencias de regímenes anteriores, es ingenioso. También es una burla al Estado de derecho.

El desprecio del presidente por las reglas es una de las razones por las que las elecciones del 6 de junio importan. Él no está en la papeleta; su único mandato de seis años expira en 2024. Pero la legislatura nacional está en juego, al igual que 15 de las 32 gobernaciones, la mayoría de las asambleas estatales y miles de puestos locales.

Los votantes tienen la oportunidad de frenar a su presidente rechazando a su partido, Morena. No está claro que lo harán. La mayoría están insatisfechos con la forma en que se está postulando el país, pero el 61% aprueba al propio Señor López Obrador. Muchos sienten que se preocupa por la gente común, incluso si no ha mejorado materialmente sus vidas. Los partidos de la oposición no han ofrecido una alternativa coherente. Morena está cayendo en las encuestas, pero puede conservar su mayoría en la Cámara Baja, con la ayuda de sus aliados. Cuantas más palancas controle, más podrá seguir adelante su plan para transformar México.

Ha hecho cosas buenas, como aumentar las pensiones y subvencionar los aprendizajes de los jóvenes. Aunque es izquierdista, ha mantenido el gasto y la deuda bajo control, por lo

que la calificación crediticia de México sigue siendo tolerablemente firme. Pero sufre de lo que Moisés Naím, un periodista venezolano, llama "necrofilia ideológica", un amor por las ideas que han sido probadas y han demostrado no funcionar.

Tiene buenos recuerdos de la década de 1970, cuando un monopolio petrolero propiedad del gobierno extendió grandes cantidades por su estado natal. Está tratando de recrear algo similar, prohibiendo la inversión privada en hidrocarburos y obligando a la red a comprar energía de fuentes estatales primero, por muy costosas y sucias que sean. Le gustan los ferrocarriles, así que está derramando 7,000 millones de dólares en un despilfarro que quema diésel en su región natal. Frustrado con los funcionarios que se preocupan por las reglas y la licitación de contratos, alista al ejército para construir su ferrocarril, dirigir puertos y luchar contra el crimen. En otros países, invitar a los hombres armados a manejar enormes sumas de dinero público con escasa supervisión ha resultado catastrófico, como cualquier egipcio o paquistaní podría advertirle. Pero el señor López Obrador es notorio por no escuchar consejos. Su eslogan en las reuniones del gabinete es "¡Cállate!" (Cállate).

Su desprecio por la experiencia ha hecho que el gobierno sea menos competente. Su plan de plantación de árboles ha alentado a los agricultores a talar árboles viejos para que se les pague para plantar otros nuevos. Su política de "abrazos, no balas" para los gánsters no ha logrado reducir una tasa de asesinatos estratosféricos. Por toda su barandilla contra el injerto, los mexicanos reportan tantas demandas de sobornos de funcionarios como antes.

Era lamentablemente lento para responder al covid-19 y gastó muy poco en amortiguar sus efectos económicos. Según las estimaciones de The Economist, México ha sufrido 477.000 muertes por exceso de muertes por la pandemia, una de las peores tasas del mundo; y su pib se redujo un 8,5% el año pasado. El país debería estar preparado para un crecimiento galopante. Las multinacionales están ansiosas por diversificar sus cadenas de suministro lejos de China, y México es un centro de fabricación al lado de Estados Unidos, que está entrando en un auge post-covid avivado por estímulos. Sin embargo, los inversionistas son cautelosos.

Temen la incertidumbre del gobierno por capricho presidencial. López Obrador está socavando los controles de su poder. Exhorta a anunciantes para no apoyar los medios de comunicación que revelan sus fallas. Recorta los presupuestos de los organismos autónomos, o los rellena con sus partidarios. La semana pasada dijo que reemplazaría al gobernador del banco central por alguien que favorezca "una economía moral". Ha amenazado al organismo que organiza elecciones.

Los próximos tres años determinarán la profundidad y duración del daño que hace a México y su democracia. Se le prohíbe buscar la reelección, pero está tratando ilegalmente de extender el mandato de un juez amistoso de la Corte Suprema. Los críticos temen que quiera sentar un precedente para sí mismo. Las instituciones de México son fuertes, pero pueden abrocharse bajo un ataque sostenido de un fanático con apoyo popular. El país escapó del gobierno unipartidista de facto en 2000. Dado el riesgo, los votantes del 6 de junio deberían apoyar a cualquier partido de oposición que esté mejor situado para ganar, vivan donde vivan. Los partidos de la oposición deberían trabajar juntos para contener al presidente.

Aprende de tus errores

También deberían aprender de él. Es popular en parte porque hicieron un mal trabajo ayudando a los que quedaron atrás durante el largo auge que siguió a la liberalización económica en la década de 1980; y también porque gran parte de la clase dominante realmente es corrupta. El enfoque ad hoc y sin ley del señor López Obrador no ha hecho a México más limpio, pero ha destacado la necesidad de una limpieza.

Los Estados Unidos deben prestar atención. A Donald Trump no le importaba la democracia mexicana. El presidente Joe Biden debería dejar claro que sí. Debe ser tacto: los mexicanos son comprensiblemente alérgicos a ser empujados por su gran vecino. Pero Estados Unidos no debería hacer la vista gorda ante el autoritarismo en su patio trasero. Además de enviar vacunas incondicionalmente, el Sr. Biden debería enviar advertencias silenciosas.

Artículo original en el enlace:

<https://www.economist.com/leaders/2021/05/27/voters-should-curb-mexicos-power-hungry-president>